

EL CRECIMIENTO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA
Y SU INFLUENCIA SOBRE LA REALIDAD SOCIAL
DE AMERICA LATINA

(Discurso pronunciado por el Dr. Rafael Caldera, Presidente de la Organización Demócrata Cristiana de América en la Conferencia del Programa Católico de Cooperación Interamericana, celebrado en la Ciudad de Chicago en Enero de 1965.)

La Dependencia Colonial

Sería injusto decir que mientras no gobernó en Cuba Fidel Castro no hubo nadie en Estados Unidos y en Europa que no se preocupara por el destino de las naciones de América Latina. Pero no es exagerado admitir que sólo después del establecimiento de un gobierno que se ha confesado marxista leninista en aquella hermosa isla del Caribe se han comenzado a hacer esfuerzos de cierta magnitud por estudiar y comprender los graves problemas que presenta nuestra realidad social, por analizar e interpretar las dificultades que ha tropezado nuestra organización política y por formular planes de colaboración que expresen la solidaridad internacional, en virtud de la cual se nos debe una revisión de sistemas y un reajuste de relaciones para buscar el bien común universal.

Veinte entidades políticamente soberanas, casi todas ellas libertadas con esfuerzos heroicos a principios del siglo XIX, han venido luchando durante más de un siglo por encontrar la estabilidad política e implantar en forma sincera y eficaz el sistema democrático de gobierno. El 15 de febrero de 1819 el Li-

bertador Simón Bolívar señalaba a los legisladores reunidos en el Congreso de Angostura, de donde habría de salir la Gran Colombia, la necesidad de buscar un gobierno capaz de producir, "la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política". Pero el objetivo, como estaba indicado ya en la propia definición, no era puramente de carácter político, ni menos aún, ideológico. Ocho años más tarde, en una carta dirigida al mismo Bolívar, su paisano Andrés Bello, el más grande de los intelectuales de América Latina y el Centenario de cuya muerte se va a cumplir el 15 de octubre del presente año, observaba "que la estabilidad de las instituciones, en circunstancias como las nuestras, no depende tanto de su bondad intrínseca, como de apoyos exteriores, cuales son los que dan las cualidades personales de los individuos que las administran", y que para entonces, abiertas aún las heridas producidas por la guerra, la primera etapa por lograr era "establecer el orden público sobre cimientos que, inspirando confianza, harán reflorcer nuestros campos talados, nuestro comercio y rentas".

¡Dura tarea en un momento en que campeaba por el mundo el más desenfrenado individualismo, en que las repúblicas latinoamericanas, adictas fieramente a su independencia política, no tenían las bases económicas indispensables para el arranque de su desarrollo! Organizadas sobre economías paralelas, no había existido entre ellas intercambio ni había estímulo para el mismo. Mientras dependían de un imperio colonial decadente, la

metrópoli era el centro natural de intercomunicación y el mercado de los productos primarios que constituían su único medio de sustento. Lograda a través de la guerra de independencia su separación del Imperio, los países ya industrializados o en vías de rápida industrialización sólo tuvieron como norma de sus relaciones con nosotros, sustituirse a la antigua metrópoli y mantenernos a través de los tratados comerciales en perenne situación de países monoprodutores de productos primarios, para asegurar así las fuentes de su desarrollo y su progreso.

En el momento de terminar la guerra, las nuevas repúblicas estaban abrumadas de deudas contraídas para financiar la empresa de la libertad. La historia de estos empréstitos está toda llena de dolor para las naciones de América Latina y de vergüenza para los países capitalistas que ejercieron en forma descarada la innoble actividad de la usura. Los efectos de esas deudas sobre nuestras precarias organizaciones fiscales, sobre nuestra tambaleante moralidad administrativa, sobre nuestra estabilidad política y hasta sobre nuestra propia soberanía formal, se prolongaron en muchas naciones de nuestro Continente hasta el presente siglo.

Una Responsabilidad Propia

Al mismo tiempo, el hombre iberoamericano, ya en posesión de su propia responsabilidad, se enfrentaba a una tarea de magnitud totalmente desproporcionada a los escasos recursos con que podía contar.

Estaba por colonizarse el territorio. Aun hoy, cada una de las naciones de América Latina, en su casi totalidad, tiene por colonizar grandes extensiones de tierra. En el caso de mi país, Venezuela, casi la mitad de nuestro territorio está prácticamente deshabitado; en algunas repúblicas hermanas, la proporción es mayor todavía. Densamente poblada como está la costa del Atlántico, del Pacífico, del Caribe y del Golfo de México, todavía el corazón continental, casi inexplorado, está incitando el espíritu de aventura y ofreciendo una reserva insospechada de esperanza. Y hay, sin embargo, quienes piensan y dicen ante nuestra explosión demográfica que el remedio es limitar la población en vez de asumir con coraje la tarea de poner el mundo al servicio del hombre; hay quienes, como lo ha dicho Pablo VI, quieren remediar la escasez del pan en la mesa, no poniendo más pan, sino buscando que se sienta menos gente a comer.

Esos inmensos territorios, surcados por abruptas montañas, atravesados por caudalosos ríos, antes de que la técnica hubiera permitido el uso del bulldozer y del jeep, estaban, por otra parte, enseñoreados por las endemias tropicales, La malaria era el aviso permanente para que el hombre no se atreviera a penetrarlas. El anopheles fué celoso guardián de esas tierras para las generaciones venideras. Si teníamos minas, carecíamos del capital y de la técnica para explotarlas por nosotros mismos. Si las tierras feraces daban grandes cosechas, la transformación de los productos siempre escapó de nuestras manos, y las oscilaciones del mercado en los grandes centros industriales

fluctuando al vaivén de la sacrosanta ley de la oferta y la demanda, provocaba en nuestras frágiles economías conmociones mayores que los estremecimientos convulsos producidos por las ambiciones políticas y por las usurpaciones del poder.

Al mismo tiempo, el hombre latinoamericano estaba afrontando en pleno siglo XIX la culminación de un proceso de fusión racial que había comenzado tres siglos atrás. La colonización española y portuguesa tiene en su haber el no dejar estancarse en segmentos dispares los tres grandes elementos étnicos que formaron nuestra población. Pero tocaba a las nuevas repúblicas el darle culminación a ese proceso. Fueron ellas las que abolieron, venciendo grandes dificultades internas, la lacra de la esclavitud. Pero no era solamente esto: el antiguo indígena, el antiguo africano, pero especialmente el hombre de sangre mezclada (que ya en algunos lugares como en Venezuela, para 1800 constituía la mitad de la población) conquistaron a través de la guerra y al precio de muchos otros bienes, la plenitud de la igualdad. Lograr en la realidad de los hechos y en las esferas de poder una efectiva participación igualitaria que los pomposos textos constitucionales proclamaban, fué algo que en muchas partes no se alcanzó a lograr sino a través de la violencia.

Una Nueva Generación

El drama sufrido por los latinoamericanos en la búsqueda de una nueva organización social encuadrada en las institucio-

nes democráticas ha sido mirado a veces con desprecio, no pocas con acritud y casi siempre con injusticia. La salida a la escena mundial de las nuevas naciones del Africa, pobladas por quienes hasta ayer no más estuvieron privados de todos los derechos; sus desgarradores esfuerzos, a pesar de que generalmente no tuvieron que pasar por una larga y cruenta guerra de emancipación como la sufrida por América Latina, puede abrir una idea siquiera aproximada de los tropiezos que en nuestras tierras tuvimos que afrontar para organizar las nuevas repúblicas, a pesar de que, como dijo Bolívar, "ya éramos viejos en los usos de la sociedad civil". Habíamos tenido universidades desde antes que las existiera en Norteamérica; teníamos minorías muy al tanto de los desarrollos culturales de Europa, aunque tal vez no tan al día en los avances de la técnica; pero heredamos de la organización colonial inmensas mayorías analfabetas que en muchos casos, no sólo no sabían leer y escribir, sino que tampoco habían recibido instrucción técnica adecuada para ganar la vida en forma satisfactoria.

Es necesario comprender todos los elementos reales que ha tenido el drama Latinoamericano, para abarcar la magnitud de los problemas y la empresa que nos corresponde a los hombres de esta generación. Porque los propios vínculos de solidaridad que hoy estrechan las relaciones en el mundo, no solamente nos han servido para que llegue hasta cada ser humano, por humilde que sea, una idea fundamental de los derechos de la persona humana, los cuales no se muestran sólo en la teoría de

expresar libremente el pensamiento y de participar por medio del sufragio en la organización de los poderes públicos, sino también y en forma concreta en el derecho a comer completo, a vivir bajo un techo decente, a fundar una familia, a recibir educación, a tener diversión y descanso y a participar en las comodidades esenciales que la civilización va poniendo al alcance de todos. Y la propia intercomunicación psicológica, la prensa, la radio, la televisión y todos los demás medios de comunicación de masas, la propaganda comercial e industrial incessantemente dirigida a provocar nuevas necesidades para aumentar el número de consumidores, hace que nuestros pueblos aspiren con derecho y a veces con perjuicio de sus propias estructuras económicas, a participar en todos aquellos logros, como la refrigeradora y el aire acondicionado, los radio-receptores, la televisión, el automóvil, que integran la imagen de una moderna civilización de bienestar.

La primera postguerra no dejó de producir efecto en la mentalidad de una nueva generación latinoamericana. Un efecto, quizás, limitado solamente a los estratos superiores, en especial a los del pensamiento. Salvo el peculiarísimo fenómeno de la revolución mexicana y algunos movimientos en los países más adelantados, estos primeros tiempos no se manifestaron por grandes sacudidas de masas; pero en los círculos de la inteligencia y sobre todo en los ambientes universitarios la crisis ideológica experimentada en Europa había de tener una considerable repercusión. La inquietud provocada en el mundo, el excep-

ticismo que sacudía a los pueblos más cultos, la falta de fe en la democracia que preparó las eclosiones totalitarias, la efé-
rescencia del comunismo y del fascismo, la quiebra de los valores tradicionales, todo esto iba a imprimir su huella en el pensamiento y en los actos de la generación que comenzaba a actuar en el curso del tercer decenio del siglo XX. La angustia de la realidad que confrontaban derivó fácilmente hacia la ideología marxista que comenzaba a aplicarse, ante los ojos atónitos del mundo y para sorpresa de los mentecatos, a través de la audacia de Lenin.

Es cierto que en algunos países -- los que habían tenido una vida política un poco más estable, como Chile, Colombia o Uruguay -- subsistían aún las viejas estructuras partidistas; pero ya la lucha entre liberales y conservadores iba perdiendo sentido, a menos que fuera mantenida por el magnetismo personal de los líderes. Frente a esas viejas estructuras políticas que cumplieron un papel importante pero ya superado en la construcción de las repúblicas, se iba levantando la nueva ideología, aposentada en las universidades, en los liceos y en las escuelas; en la prensa y en la literatura, y en los nacientes y agresivos sindicatos. En países como Venezuela, sujeta durante todo el primer tercio del siglo a una férrea dictadura que arrasó con los viejos partidos y nos mantuvo aislados del mundo en que vivíamos, el anuncio de la libertad fue toque de clarín para la aparición de las nuevas ideas; viejos políticos cargados de méritos llamaron a su gente para reconstituir las

antiguas organizaciones partidistas, pero ni la aureola de sus sufrimientos de perseguidos por la tiranía fue capaz de emocionar al pueblo para reconstituir cuadros que se veían definitivamente como una cosa del pasado. Esta historia se puede relatar lo mismo de la República Dominicana cuando en 1961 se desembaraza de un régimen opresor de 30 años, y se podría decir, con las variaciones que los tiempos imponen, del Paraguay o Nicaragua cuando desaparezcan los equipos que actualmente gobiernan y el pueblo respire a pulmón lleno los aires de la libertad.

La Hora Latinoamericana

Más honda todavía será la acción de las grandes corrientes mundiales después de la segunda guerra. Corrientes encontradas y complejas pero orientadas alrededor de ideas que martillan en la conciencia de los hombres: justicia social, mejor distribución del ingreso, dignidad de la persona humana, economía al servicio del hombre, ascenso del pueblo al poder político y al poder económico, lucha contra el colonialismo y el imperialismo, es decir, lucha por la realización de la soberanía de cada pueblo, no sólo en el campo político, sino en el cultural y económico.

Todas estas ideas se entremezclan de manera confusa en el panorama del hombre actual y vibran con hondo acento de dolor y de angustia frente a la realidad latinoamericana.

Los latinoamericanos tenemos conciencia de que es la hora para realizar el destino de nuestros pueblos; pero al mismo

tiempo tenemos conciencia de las terribles rémoras que nuestra realidad social opone al cumplimiento de esta formidable tarea.

Ya no se trata de mantener elites cultas sino de incorporar al proceso de desarrollo las amplias capas de nuestra población. Ya no basta la idea, a veces maltratada por los hechos, de una soberanía política en plan de igualdad con todos los estados del mundo: se busca de sustentar esa igualdad sobre la base de una economía fuerte y del dominio de la propia riqueza para ponerla al servicio de su población.

La realidad comienza a ser estudiada a través del análisis y la interpretación científicos. Las cifras abundan y se repiten para extremar la angustia, angustia del tiempo, angustia de la conciencia, padecer del destino inconquistado.

Para una población que ya llega a doscientos veinte millones, el tiempo transcurrido sólo se puede mirar con optimismo en cuanto se empieza a abrir los ojos ante la magnitud de los problemas, a comprender la urgencia de planificar y ejecutar un cambio profundo de estructuras. El estudio y comparación de estadísticas permite afirmar en términos genéricos, que de cada dos familias latinoamericanas, una ocupa una vivienda que no reúne las condiciones mínimas de la comodidad, de la higiene y del decoro humano. El informe del grupo de expertos que sirvió de base a las reuniones de Punta del Este en 1961 estimaba que el déficit de vivienda en la América Latina crecía cada año en más de un millón de unidades. De cada dos niños en edad escolar, uno carece todavía de la posibilidad de asistir a la es-

cuela, y un porcentaje alto, que ha llegado a estimarse en 90%, no completa su educación primaria. El ingreso per capita en la América Latina lo estimaba el New York Times para 1960 entre trescientos y trescientos cincuenta dólares, contra dos mil cuatrocientos en los Estados Unidos; pero de nuestros veinte países, sólo cinco alcanzan o superan el promedio; los otros quince están por debajo y Bolivia y Haití bajan de 100 dólares por persona y por año. Cuando se observa la distribución en distintos estratos sociales se llega a cifras realmente espantosas.

Un Camino Distinto

He mencionado apenas, algunos aspectos resaltantes, de los que tienen que chocar y chocan ante la conciencia de los dirigentes latinoamericanos. Yendo de los efectos a las causas se llega a la estructura misma de nuestra economía y con poco buscar, se encuentran hechos que sublevan el sentido innato de justicia. A más de un siglo de la independencia, seguimos siendo proveedores de materias primas y los mercados internacionales, dominados por los países industriales, han tenido fluctuaciones anuales en su mayoría superiores al 10% y la tendencia es a la baja, o por lo menos a la congelación, mientras al mismo tiempo hay un movimiento sostenido de aumento de los precios de los productos manufacturados, marcándose un progresivo deterioro en los términos del comercio internacional. De allí, por ejemplo, en un lapso de quince años se triplicó el valor de los productos

exportados por Estados Unidos a América Latina, mientras no llegó a duplicarse el valor de los productos primarios exportados por América Latina a los Estados Unidos.

Sin empezar por la consideración de estos hechos es difícil comprender la mentalidad política que prevalece en nuestro Continente. No se puede dejar el curso de los acontecimientos al desarrollo paulatino de las fuerzas naturales, menos aún cuando son influidas por el egoísmo que imponen con frecuencia intereses dominados por los monopolios o los oligopolios por encima de los intereses generales. Y el proceso social avanza dinámicamente. La mitad de nuestra población está formada por jóvenes hasta de diez y ocho años. Y como la técnica hace que el proceso de industrialización exija cada vez una inversión mayor de capitales y ofrezca empleo a un número proporcionalmente menor de personas, el índice de desempleo alcanza a porcentajes que oscilan alrededor del 10 al 14%.

Sólo un cambio revolucionario será capaz de marcarle a las cifras un camino distinto del que han estado indicando hasta ahora y abrir un nuevo rumbo al porvenir. Aceptamos que se rechace el término revolución como sinónimo de violencia bajo el impulso arrebatado de cambiarlo todo. Acatamos las observaciones que basadas en esta acepción expresaron Su Santidad Pio XII en su alocución de Pentecostés de 1943 y Su Santidad Juan XXIII en su Encíclica *Pacem in terris*; pero para incontables latinoamericanos que defendemos las instituciones al mismo tiempo que reclamamos cambios de estructuras, como lo señaló con lucidez

el Honorable Hubert H. Humphrey, ahora Vice Presidente de los Estados Unidos, la palabra define el sentido de un cambio que ni es paulatino ni espontáneo como lo supone la mera evolución, sino rápido, profundo y al mismo tiempo guiado por ideas y programas lo que supone una revolución. Decimos, pues, que la inminencia de una revolución es palpable. O hacemos una revolución pacífica, constructiva y cristiana, o los pueblos serán para su daño arrastrados a una revolución violenta, materialista y destructora. Las circunstancias rápidamente reseñadas y el influjo de los factores ideológicos explican claramente el desarrollo de las distintas fuerzas políticas dentro de América Latina. No pueden trazarse líneas idénticas para los distintos países, pero dentro de la variedad de fenómenos existe una unidad fundamental.

Por un lado, las fuerzas tradicionales que pugnaban en los partidos tradicionales: conservador y liberal. En algunos países todavía subsisten, con idéntica o parecida denominación. En Colombia tienen, en virtud de una reforma constitucional aprobada plesbicitariamente al derrocar una dictadura militar, asegurada la repartición de todas las posiciones de poder por un término de diez y seis años, de los cuales han transcurrido sólo seis. El acuerdo tuvo en su tiempo, sentido y provecho; pero el anacronismo del sistema se hace sentir en forma tal que en las últimas elecciones el porcentaje de abstención llegó al 70%: es decir, sólo el 30% de los electores fue movido a votar. En otros países, como en Chile, conservadores y liberales tienen

todavía fuertes estructuras, pero el índice de los sufragios que conquistan va descendiendo vertiginosamente. Sus diferencias, ya lo sabemos, habían estado más bien centradas en el terreno ideológico y político: la actitud frente a las cuestiones religiosas fue con frecuencia un elemento diferencial: el liberalismo hizo su entrada en el escenario político cabalgando sobre un laicismo militante. También en algunas partes el liberalismo representó la aparición de una clase urbana dedicada al comercio, la banca, el transporte y en general la circulación de los bienes, y conectada con el capital extranjero, mientras que el conservatismo representaba más a la clase terrateniente y en muchas ocasiones latifundista. Dentro de las fuerzas históricas hizo también su aparición en algunos países el Partido Radical, capitaneado a veces por incipiente burguesía industrial, o en otras por la clase media. La vieja querrela entre clericalismo y anticlericalismo no estuvo ausente de su crecimiento; pero en definitiva, su sino, al igual de lo ocurrido en Francia y en otros países de Europa, ha ido acompañando al de conservatismos y liberalismos, integrando con ellos en algunos casos frentes de defensa del orden y de la democracia, que por lo general han sido al mismo tiempo opuestos a los programas y movimientos inspirados por el cambio social.

Frente a una derecha impermeable, resistente a las transformaciones que las estructuras sociales exigen, el marxismo ha proliferado y se ha extendido en variadas corrientes. Emanado de una común formación doctrinaria, se han ido diferenciando

los grupos ortodoxos en la adhesión al marxismo leninismo, dentro de los cuales no han faltado fisuras, a veces hondas, como las que actualmente se observan entre los que se inclinan a seguir la línea de Moscú y los que se orientan hacia la agresividad China y el comunismo existencialista de Fidel Castro; siendo de observar que una y otra han recibido siempre estímulo en su concepción de que es a través de la violencia como han de llegar al poder, para establecer mediante una dictadura del proletariado el tránsito hacia una sociedad socialista.

No son, sin embargo, marxistas leninistas hoy todos los movimientos que encontraron su fuente en el estudio y concepciones del marxismo. Muchos antiguos comunistas o marxistas dilettantes han derivado hacia posiciones diferentes, arropadas hoy, junto con gente no marxista que deseaba un cambio de sistema, bajo la común denominación de socialismo democrático. En reuniones internacionales, se han agrupado con este nombre las juventudes de partidos de aspecto tan variado como el Apra del Perú, Acción Democrática de Venezuela, el Partido Liberal colombiano, el Partido Liberal paraguayo, el radicalismo chileno, el frondizismo argentino, el Partido Popular de Puerto Rico o el Partido de Liberación de Costa Rica. La misma variedad indica el problema de su contextura. Se trata de partidos que han llenado un gran papel y que llegaron en un momento dado a controlar las mayorías populares en algunos países latinoamericanos. Han tenido entre sus conductores a hombres de indiscutible prestigio. Pero la falta de una definición clara y la inconsecuen-

cia entre una doctrina revolucionaria plagada de terminología marxista y una conducción pragmática señalada como inconsecuente ha ido produciendo un rápido desgaste de esta fuerza, cuya debilidad mayor está en que cada día es más escaso entre los partidos que la integran el número de los que conservan un arrastre emotivo en las filas de la juventud.

La otra fórmula que ha aparecido en la vida de América Latina ha sido la dictadura militar. La agudeza de los problemas, la incompatibilidad entre las fuerzas de opinión, el desprestigio de sistemas populares ha provocado en más de una ocasión la salida del régimen de fuerza. A veces han sido acogidas, como es el caso reciente de Bolivia, con muestras de entusiasmo popular. Han abundado las explicaciones y justificaciones, pero casi siempre han derivado a hegemonías personales o de grupos, perpetuadas hasta el desenlace inevitable del derrocamiento violento. Se ha hablado en más de una ocasión de la ineptitud de los pueblos latinoamericanos para vivir en democracia; pero nuestros mejores pensadores han aclarado y explicado cómo, más que a ineptitud de nuestros pueblos, el fenómeno se debe a factores como sub-productos de las guerras de emancipación, extendidas después a través de las guerras civiles, el fortalecimiento de los caudillos, la crisis de valores morales y políticos y dificultades sociales y económicas. En más de una ocasión ha ofrecido a la usurpación camino fácil la anarquía en el campo político. Con frecuencia, el golpe de fuerza aparece como una reacción frente a regímenes revolucionarios insinceramente con-

ducidos e ineficientemente manejados; aunque a la larga se muestre la ambición, y los gobiernos asentados en la fuerza, chocando siempre contra la rebeldía del pueblo, terminan sin resolver ninguno de los problemas importantes ni andar camino hacia su solución.

Es de observar que frente a la tradicional dictadura de derecha no ha faltado la tentativa de la dictadura militar inspirada en programas de izquierda. Se está hablando en la actualidad mucho del nasserismo, aunque en la América Latina la única experiencia profunda la constituye el peronismo. Pero la dura experiencia nos ha enseñado que por el camino de la dictadura no se logrará nunca un desarrollo compatible con la dignidad y exigencias del ser humano. La madurez cívica del pueblo y la conciencia institucional de las fuerzas armadas constituyen hechos positivos que alejan las aventuras golpistas.

Este es el panorama dentro del cual hizo su aparición recientemente un nuevo movimiento político: el de la democracia cristiana. Señalada como la única fuerza política en ascenso en la actualidad latinoamericana, es reconocida hoy, después de haberla ignorado muchas veces, como la corriente que emerge vigorosamente y se proyecta al porvenir. Creo que con los antecedentes expuestos será más fácil comprenderla y mejor se podrá calibrar lo que representa para la América Latina.

Eduardo Frei: La Nueva Corriente.

Ha sido el brillante triunfo de Eduardo Frei Montalva en

las elecciones celebradas en Chile el 3 de noviembre del pasado año lo que ha dado mayor repercusión a la importancia de la corriente demócrata cristiana en la vida latinoamericana. Antes habían comenzado a señalarse hechos referenciales de importancia. En las elecciones municipales de mayo de 1963, en Chile el Partido Demócrata Cristiano desplazó al Partido Radical que tradicionalmente venía ocupando el primer puesto entre las organizaciones políticas. En julio de aquel mismo año, el apoyo del Partido Demócrata Cristiano del Perú le dió el triunfo en las elecciones presidenciales a Fernando Belaúnde Terry, entrando a participar en su gobierno, y en diciembre de aquel mismo año el candidato a la Alcaldía de Lima, el demócrata cristiano Luis Bedoya Reyes derrotaba en forma decisiva al candidato de la coalición (de la increíble coalición) formada entre los apristas y los seguidores del ex-dictador General Manuel Odría, señora María Delgado de Odría. El primero de diciembre de aquel mismo año el Partido Demócrata Cristiano COPEI (o inicialmente "Comité de Organización Política Electoral Independiente") obtuvo en Venezuela el 22% de los votos, ocupó el segundo puesto en los resultados electorales y resultó ser el único partido que creció desde las elecciones anteriores, señalándosele por los observadores nacionales y extranjeros como el probable favorito para un próximo proceso electoral si su crecimiento seguía el mismo ritmo. Pocos días después, el joven Partido Demócrata Cristiano de la República de El Salvador obtuvo el segundo puesto en las elecciones para la Asamblea Constituyente,

alcanzando catorce de los cincuenta y dos escaños que tiene la Asamblea y ganando la Alcaldía de San Salvador y algunas otras ciudades importantes. Todo esto se venía observando. Se venía reconociendo además el crecimiento del Partido en el Brasil, especialmente en los Estados de Sao Paulo y Paraná; su presencia inesperada, con resultados tangibles, en la política de Bolivia; su consolidación, al adoptarse el sistema de representación proporcional, en las elecciones de Argentina; su colocación en el tercer puesto en la República Dominicana en las elecciones en las cuales resultó Bosch electo Presidente y en el cuarto en la República de Panamá, en las elecciones de 1964, siendo en uno y en otro caso reconocidos como el primero de los partidos pequeños y el de mayores posibilidades de crecer, y la afirmación de su presencia y de su vigor combativo ante circunstancias adversas, en Guatemala o Colombia y su existencia incipiente pero prometedora en casi todos los otros países del Continente, sin olvidar su reconocida importancia en la República del Uruguay, donde se comenzó a señalar la ruta de los partidos demócratas cristianos que se formarían en Latinoamérica.

Hace apenas 30 años, muchos de los actuales líderes de partidos demócratas cristianos apenas eran jóvenes universitarios, empeñados en el estudio de las Encíclicas Sociales y en los programas de la Acción Católica. Pronto entendieron que la acción social reclama como uno de sus aspectos primordiales la actividad política; que es necesario deslindar el campo religioso del político; que la política exige la presencia de hom-

bres capaces de trabajar por ideales, con honestidad y entereza, especialmente en países tan necesitados de clara orientación como los nuestros, por su dolorosa experiencia anterior; y que el campo político es uno de aquellos en los que puede ser más fecunda la generosa actividad de quienes quieran emprenderla como el cumplimiento de un deber de servicio. Comenzó, pues, a penetrarse en el campo político, combatiendo siempre entre dos frentes: combatiendo por un lado al egoísmo de los indiferentes, de los capitalistas insensibles, de los apegados a la tradición por la tradición misma y opuestos al cambio reclamado por la justicia y por la realidad social; y por el otro a los materialistas, al marxismo totalitario, engañoso en sus proyecciones y falso en sus promesas e inspirado en posiciones de odio y menosprecio a la libertad y dignidad de la persona humana. La lucha era difícil y compleja. En algunos países hubo que hacer frente a férreas dictaduras, arriesgando no sólo la libertad, conculcada a través de la cárcel y el exilio, sino la seguridad personal y familiar; en otros hubo que enfrentarse a poderosos mecanismos que controlaban todos los medios de comunicación de masas y deformaban ante la opinión pública nuestra actitud, cuando no la silenciaban totalmente; hubo que soportar en más de una ocasión el irrespeto y la calumnia y fue larga labor de tenacidad la de perforar las cortinas de cemento opuestas a nuestra palabra y a la proyección de nuestras ideas en los ambientes populares.

Muchos prejuicios ha tenido que destruir la democracia cristiana. Uno todavía muy difundido es el de su presunto confesio-

nalismo. La democracia cristiana no es en modo alguno un movimiento religioso ni tiene carácter confesional. En los partidos demócratas cristianos hay católicos, hay protestantes, hay judíos, hay agnósticos, en medio de una inmensa variedad de concepciones y de credos. El nombre cristiano no representa una posición religiosa sino la convicción de que los valores cristianos y el espíritu de la cristiandad son de reconocimiento fundamental para poder enfrentar con éxito los requerimientos de la justicia social y derrotar al marxismo en la lucha por conquistar el alma de los pueblos. Creemos que la inspiración social cristiana rebasa las fronteras de un credo determinado; y nos complace observar cómo el espíritu ecuménico desarrollado en el Concilio Vaticano II ha venido a reforzar las tentativas de acercamiento con todos los hombres capaces de entender y sostener la democracia, de compartir principios de solidaridad social y de defender los imperativos y reclamos de la justicia social.

Una Posición Revolucionaria

No extrañará el que después de los puntos que he expuesto diga que el movimiento de la Democracia Cristiana está alineado en una posición definitivamente revolucionaria. No defendemos la tradición por defenderla. Aceptamos de ella lo que representa valores esenciales o constituye parte del patrimonio espiritual de nuestros pueblos; pero estamos profundamente convencidos de la necesidad de un cambio, y de que este cambio no

sea paulatino o gradual, superficial o acomodaticio, sino completo y rápido. Defendemos la propiedad, pero exigiendo que ella cumpla una función social. Estimulamos la iniciativa privada, pero siempre que ella se encauce dentro del beneficio colectivo. Creemos en la amistad entre los pueblos, especialmente aquellos que defienden los mismos valores fundamentales que inspiran la civilización occidental, pero consideramos que esta amistad no puede fundarse sobre la dependencia, el privilegio o la imposición, sino sobre una decorosa amistad de igual a igual. Sostenemos que en virtud de la justicia social internacional los países más ricos, más prósperos y más desarrollados están obligados a prestar su concurso al desarrollo de aquellos que por diversas circunstancias, -no siempre ni totalmente imputables a su propia falta-, no están en condiciones de lograr por sí mismos, en un mundo tan interdependiente como en el que vivimos, los objetivos de su propio programa.

El crecimiento de la democracia cristiana ha venido a modificar sustancialmente el horizonte político de América Latina. Hasta ayer no más, no se veía por los observadores sino, o la amenaza comunista, o la dictadura de fuerza que se le opusiera, o los llamados partidos populares, como una transacción temporal y declinante frente a la avalancha comunista. Este panorama ha cambiado. Los jóvenes en las Universidades de América Latina se están entusiasmando decididamente por las fórmulas demócratas cristianas. La corriente inquietante del marxismo en los institutos de educación comienza ya a ceder terreno. Podríamos citar

muchos países de América Latina en cuyas universidades la fuerza demócrata cristiana aparece como una realidad pujante; no sólo en Chile, donde ya la DC ha ganado el gobierno, o en Venezuela, donde ha tomado un rango de primerísima importancia, sino también en países donde el movimiento demócrata cristiano es incipiente, como Bolivia o Colombia. Porque la juventud, se apasiona por sistemas de ideas coherentes que le ofrezcan soluciones completas a los problemas que preocupan su mente: el comunismo es uno de esos sistemas coherentes, que pretende dar una interpretación a todos los fenómenos del cosmos, desde el origen de la materia hasta el destino final del hombre; frente a él no hay otro sistema capaz de presentar una cohesión semejante, que el sistema demócrata cristiano, con la ventaja de que le cultiva al joven en su espíritu la fe en valores absolutos que lo hacen sentir que no todo se agota con la muerte ni tiene su única expresión en la materia.

Sociología de la Violencia

Pero la proyección social de la democracia cristiana es lo que sobre todo interesa. Los problemas sociales de América Latina son de una extrema gravedad. No se resuelven con la sólo inyección de unos cuantos millones de dólares, que a lo mejor, según las estadísticas revelan, son menos de lo que perdemos cada año por la desventaja en los precios de nuestros productos. Se necesita un cambio más fundamental, y es necesario que esto se entienda claramente en los demás países del mundo libre,

en especial aquellos con los que estamos más relacionados, como los Estados Unidos. Los pueblos latinoamericanos quieren un cambio de naturaleza revolucionaria. Lo quieren porque lo necesitan. Es insensato esperar más. Es ingenuo preparar fórmulas para que operen con lentitud a largo plazo. Las circunstancias son tan graves, que hay quienes de buena fe y con fundamento en las fuentes más autorizadas de la teología cristiana llegan a predicar y a sostener la necesidad de la violencia. Frente a ellos, por cierto, la tesis demócrata cristiana mantiene la necesidad de una revolución pacífica, de una revolución en libertad. Entendemos los argumentos que se esgrimen para lo que se podría llamar una "teología de la violencia": siempre ha habido en los mejores teólogos la justificación de la violencia que se opera en estado de necesidad. Pero la rechazamos desde el punto de vista de lo que podríamos llamar una "sociología de la violencia": porque los que tenemos la profunda convicción de que la violencia sólo engendra violencia y que si ella acelera la etapa destructiva de la revoluciones (la destrucción de un orden anterior que se estima injusto) ella hace más difícil y a menudo imposible la parte constructiva, a saber, la edificación de un orden nuevo y justo. La Democracia Cristiana es, pues, ajena y contraria a la violencia.

La palpitante situación de América Latina encuentra más y más cada día como la única alternativa alentadora el triunfo de la democracia cristiana. No envuelve esto la exclusión de otras fuerzas sociales y políticas, incluyendo el socialismo

democrático, que han cumplido y tienen todavía un papel que cumplir; pero la iniciativa, la dirección, la responsabilidad del cambio que tiene que operarse reclaman una cohesión ideológica y una sinceridad táctica tan grande, que sólo presenta su posibilidad en este instante la corriente democrática.

Los pueblos han comenzado a entenderlo, antes de que las agencias cablegráficas nos hicieran el honor de ocuparse de nosotros, o nos dedicaran comentarios que reconocen nuestra propia manera de ser y ya no la deforman a través de términos convencionales o de explicaciones tergiversadas.

El comunismo en América Latina es una realidad amenazante. Se torna más agresiva cada día, alentado por el fracaso de las soluciones incompletas o de las actitudes inconsecuentes del socialismo democrático; se nutre con las injusticias agravadas por las posiciones quietistas de la derecha conservadora o liberal o radical; se estimula por las soluciones de fuerza, puesto que cada dictadura les deja tras de sí una más amplia perspectiva y una organización más agresiva a través de la cual las fuerzas de combate comunistas buscan comandar y torcer el espíritu del pueblo en la reconquista de su libertad. Esa amenaza se nutre además del estímulo psicológico representado por el marxismo leninismo en otros lugares del mundo: la estabilización de las llamadas democracias populares, así sean mantenidas por la fuerza a través de los más reprobables sistemas policiales; el fortalecimiento de China como potencia mundial agresora; las noticias inquietantes del Vietnam, la angustia que se

vive en el Sureste asiático y la abierta intervención para mantener a los rebeldes congolese y a las sectas comunistas de otros países del Africa. Y sobre todo, la acción abierta desde Cuba, formando y entrenando guerrilleros, difundiendo toda especie de propaganda y enviando ayuda material a través de los aires y los mares, en el empeño de convertir a toda América Latina en un gran campamento guerrillero.

Frente a ese peligro, la derecha resulta impotente. Mejor ejemplo sería difícil dar que el del anterior gobierno de Chile, donde una coalición de conservadores, liberales y radicales, bajo la dirección de uno de los hombres más competentes del sector privado, dejó al concluir una difícil situación, en que el frente popular obtuvo un 40% de los votos, en medio de un vertiginoso proceso de inflación que puso por las nubes los precios de los artículos de primera necesidad, echó por los suelos la modesta remuneración de los obreros y especialmente de los campesinos, y convirtió en terreno movedizo el suelo sobre el cual tienen que pisar y actuar los hombres públicos para reconstruir la economía.

Y en cuanto al socialismo democrático, su paso por el gobierno se ha caracterizado en general por la falta de caminos claros y de soluciones ambiciosas. Su descomposición interna es grave. Basta observar el Perú para darse cuenta de la profunda decepción causada en el pueblo por el entendimiento de un grupo como el Apra con los odriístas quienes fueron antes sus perseguidores y representan una cerrada posición conservadora

en la vida de aquella nación. Actos o entendimientos semejantes se han dado también en otras partes y la desintegración de la masa popular que los seguía produce un éxodo en doble dirección: o se acercan a los comunistas o se integran a la democracia cristiana. En Venezuela, esta tendencia es especialmente digna de estudiarse, ya que el partido tradicionalmente mayoritario, representativo de aquella corriente, ha bajado desde más del 70% del voto popular en 1947, al 48% en 1958 y al 33% en 1963.

La Integración Latinoamericana

Y para completar la perspectiva, la democracia cristiana ha levantado entre sus manos una de las banderas más hermosas que actualmente sacuden los ánimos en nuestras respectivos países: la de la integración latinoamericana. Dejaremos de ser pequeños, pobres y postergados países en el momento en que nos unamos y actuemos como una sola fuerza, integrada por veinte naciones soberanas pero concordes en una sola idea, dispuestas a reclamar unos mismos hechos y a expresarse en una sola voz. La integración supone un estado de espíritu; exige confianza recíproca; demanda decisión y firmeza. Estos requisitos se obtienen seriamente a medida que más influyen dentro de sus respectivas demarcaciones los partidos demócratas cristianos. Por algo nos hemos unido en una organización que ya ha celebrado seis congresos en escala regional, la Organización Demócrata Cristiana de América (O.D.C.A.) que me cabe actualmente el honor de presidir y cuyo tema favorito ha sido precisamente el de la

integración política, económica y social de América Latina. Esta Organización, conjuntamente con la de los partidos democristianos europeos (NEI) y de los partidos democristianos en exilio de los países dellado allá de la cortina de hierro (Christian Democratic Union of Central Europe), componen el organismo mundial de la democracia cristiana (UMDEC) que ha celebrado ya cuatro congresos y fomenta el intercambio entre los partidos de Europa y América, que si bien presentan naturales diferencias derivadas de las distintas circunstancias entre países industriales y países en vías de desarrollo, afirman cada día más su profunda unidad en cuanto a las concepciones fundamentales que señalan el destino del hombre y desarrollan planes armónicos de capacitación doctrinaria: .

Los partidos demócratas cristianos son, pues, dentro de América Latina un fenómeno cuyas causas residen en la propia realidad social en que actúan. Quiero insistir en esto, porque de otro modo se correría el riesgo de no llegarnos a entender. Partimos de una concepción doctrinaria, pero esta concepción doctrinaria la elaboramos y aplicamos de conformidad con los requerimientos de la realidad social latinoamericana. Nuestra diferencia con la derecha tradicional, nuestra posición frente a los regímenes de fuerza, nuestra diferenciación y nuestra lucha frente a la izquierda marxista leninista, nuestra diferenciación frente al socialismo democrático son resultados de la incapacidad de esas fórmulas para resolver las cuestiones que aquejan a nuestros pueblos. Los norteamericanos y europeos han

tardado mucho en entendernos. A veces, han jugado a la política interna de nuestros países, dando alternativamente sus simpatías o a los sistemas dictatoriales, a los gobiernos de derecha o a los partidos populistas. En una ocasión expresé al lamentado Presidente Kennedy el peligro de aparecer con vínculos demasiado estrechos con una determinada corriente partidista. Nuestros pueblos conservan frente al colonialismo, una gran susceptibilidad. Lo dijo la Encíclica Mater et Magistra: los países más ricos que aporten su ayuda a los países en vías de desarrollo deben tener gran cuidado de respetar su propia personalidad, que les viene del habitat, de tradiciones ancestrales cargadas de humanidad, de sus disposiciones naturales, y guardarse de influenciar en su propio provecho la política de estos países con un espíritu de dominación, "lo que sería, hay que decirlo francamente, una nueva forma de colonialismo, que aunque cubriéndose de un nombre respetable no diferiría en nada de la dominación perimida de que muchos países acaban de liberarse".

Por su sinceridad, por la claridad de sus palabras, por la firmeza de su conducta, la democracia cristiana constituye hoy la mejor y hasta podría decirse la única esperanza para los pueblos de Latinoamérica. Su creciente auge popular es el signo más positivo en nuestro Continente. Y el destino de la América Latina es clave para la seguridad de este hemisferio, para la salud y progreso de la civilización cristiana. A nuestra gente se le ha hablado mucho de reforma agraria, de industrialización, de reforma de las estructuras, de seguridad social, de lucha contra